

El carro

El tejado se me ha caído encima; qué digo el tejado, el mismo cielo.

El 25 de marzo del año 2005, se derrumbó sobre mí el viejo y maltrecho colgadizo, el mismo que me protegía de las inclemencias del tiempo, un invierno tras otro, una estación tras otra, y así hasta 60, que son las primaveras que yo tengo.

Hoy 25 de marzo me he sentido morir bajo las tejas, el barro, la hojarasca y maderos rotos que me han caído encima. Hoy he sentido más que nunca el peso de la soledad y el abandono.

Lentamente me pudro a la intemperie, estoy paralizado, atrapado, con mis brazos y mis ruedas rotas. A pesar de estar prisionero, mi corazón de viejo carro trotamundos, sale cada noche a pasear y a viajar por las estrellas.

Cuando más cansado estoy, cuando más soledad y abandono siento, y no sé por qué, pero suele ser a la hora de ponerse el sol, es cuando se presentan por sorpresa mis amigas las golondrinas a las que yo llamo cariñosamente, REINAS DE TERCIOPELO NEGRO.

Mis REINAS, con unos hilos invisibles hechos de trinos y gorjeos, se enganchan a mí y me pasean por toda la Vía Láctea, donde veo asombrado miles y miles de carros, que también fueron abandonados como yo y que viajamos a velocidades de carro y mula por toda la Galaxia, en donde por fin volveremos a ser lo que fuimos: Carros llenos de vida, que traíamos la mies, que sacábamos la basura de las cuadras, que íbamos a vendimiar, a segar, a recoger paja, que servíamos para llevar a la Virgen al cerro de la Caridad, que íbamos al monte a por leña, que traíamos aceite, vino, harina... Éramos la vida y llevábamos y traíamos los sueños de todos nuestros amos.

Mis golondrinas me llevaron a otros pueblos, a otros mundos, a otras constelaciones, pero yo seguía añorando escuchar el rumor de la fuente del Parral, la declaración de amor profundo y genuino de unos jóvenes novios y la excitación de su primera mirada, de su primer beso, de su primer abrazo ante los ojos plateados de la silenciosa luna que con su tenue luz los envolvía.

Yo seguía añorando el vuelo rasante de las veloces y alegres golondrinas, capturando mosquitos, cogiendo barro en sus diminutos picos para hacer sus nidos, para colgar sus sueños de algún viejo alero, de algún desván abandonado o de algún rincón encantado.

Añoraba también el recorrido que hacía hasta Fuentesbuenas y Villarejo, en busca mi amo del herrero, para que arreglara mis maltrechos y cansados pies de hierro.

A pesar de viajar por el espacio, quería volver a la tierra, a mi tierra, a mi pueblo, a mi corral. Quería disfrutar mis noches viendo en el viejo campanario arremolinarse los sueños de todo un pueblo.

Yo jugaba por las noches, en mis sueños, con el Cerro Castillo y soñaba que me caía ladera abajo y allí me esperaban los niños para montarse en mi alma de fresno y pino, conducida por las mulas de mi abuelo: la RUBIA y la BONITA.

Yo paseaba a los niños por todo el pueblo, acompañado por mi fiel amiga la perra LAIKA, y les explicaba quién vivía en cada casa, de quién era cada perro y cada gato, qué golondrina hacía su nido en cada cámara, en cada balcón, en cada alero y les poníamos nombres. También les contaba, que me contó mi abuelo, que a las golondrinas no se las mataba, que eran de Dios, que le habían quitado las espinas en la Cruz, y que si alguien por error mataba una había que enterrarla haciendo un hoyo con la lengua de la propia golondrina. Les explicaba también la misión del cartero, de la maestra, del cura, del médico, del herrero, del estañador, del afilador...

Yo llevaba mi alma llena de sabor a pueblo, de olor a leña, de olor a viento. Yo llevaba en mi alma el color y el fulgor de los caballos del alba, el aroma del nogal, del cerezo, del almendro, del moral y de las lilas, del serbal, los chopos y las encinas. Yo llevaba en mis hombros legiones de tordos silbando, de vencejos y jilgueros volando.

He cruzado galaxias de ventiscas, he pasado noches de aguaceros, y sé como arrullan las tórtolas a sus polluelos.

Conozco casi todos los caminos, casi todas las veredas, casi todos los senderos y cunetas, y a aquellos labradores que tuvieron que hacer sus maletas.

Hoy 25 de marzo he comprendido que no estoy solo, viajan conmigo los mejores recuerdos y vivencias de todo un pueblo: de mi pueblo.

Vente princesa mía y móntate en mi alma de carro, para viajar por las galaxias antes de que nos consuma el barro.